

---

# ALDO RUFFINATTO AVATARES DE LA PALABRA “ÁUREA”<sup>1</sup>

Università degli Studi di Torino

Lo que pretendo aquí no es simplemente vislumbrar el camino de los libros (autores, lectores, comentaristas, etc.) desde España hacia Indias, sino también escurriñar el retorno al Viejo Mundo de autores y textos americanos o forjados en la experiencia indiana.

Hagamos referencia, en primer lugar, a las perspectivas que nos ofrecen, por un lado, la historia de las literaturas en lengua española, y, por otro lado, la ciencia de las mismas literaturas. En el primer caso (historia de las literaturas) la adopción de una perspectiva diacrónica remite metafóricamente a una figura que las más recientes teorías literarias llaman *figura del árbol*, cuya función básica consiste en la representación icónica del tránsito de la unidad a la diversidad.

Naturalmente, en lo referente a las literaturas en lengua española, este tránsito se desarrolla desde la unidad de la literatura española hacia la diversidad de las distintas literaturas nacionales en lengua española (principalmente, hacia las literaturas hispanoamericanas). No extraña, pues, que precisamente en estas circunstancias se haga referencia tanto a las coordenadas cronológicas como a las geográficas.

A las coordenadas cronológicas se acude para establecer la época o las épocas del tránsito de la unidad a la diversidad: así, por lo que atañe a los orígenes de las literaturas hispanoamericanas la articulación de las distintas ramas se sitúa, por lo general, hacia finales del siglo XIX (con la llegada del modernismo de José Martí, Rubén Darío y José Asunción Silva), aunque algunos rastros de su identidad puedan divisarse al comienzo del mismo siglo, en armonía con el proceso de

---

<sup>1</sup> Con el propósito de rendir homenaje al primer número de la revista científica de la AISPI y en respuesta a la amable petición de Maria Vittoria Calvi, a quien le debo inmensa gratitud por su constante tolerancia con un hispanista algo olvidadizo como yo, envío esta breve nota que leí en el VI Congreso Internacional de la Lengua Española celebrado en Panamá entre el 20 y el 23 de octubre de 2013. Lo que aquí se apunta sobre la unidad en la diversidad de las literaturas en lengua española podría ayudarnos también a enfocar en una perspectiva unitaria las diversidades que caracterizan la estructura de una Asociación de Hispanistas con su doble personalidad de lingüistas y literatos. Tal vez, cabalgando las “olas” (de la lengua hacia la literatura y de la literatura hacia la lengua) desaparecerán las diversidades en beneficio de una sustancial unidad de todos los que en el mundo y en nuestra península practican el oficio de hispanista.

separación de España llevado a cabo por las distintas repúblicas americanas (que finalizó, como todos saben, en 1898 con la emancipación de Cuba, Puerto Rico y Filipinas). También se recurre a parámetros cronológicos para hacer referencia a fenómenos socio-literarios como, por ejemplo, el *boom* de la narrativa hispanoamericana, con sus primeros atisbos hacia los años cuarenta del siglo XX.

A su vez, las coordenadas geográficas sirven para identificar las distintas ramas del árbol de las literaturas en lengua española: desde la literatura argentina (Borges, Bioy Casares, Sábato, Cortázar), hasta la boliviana (Alcides Arguedas); desde la emblemática literatura colombiana (de García Márquez), hasta la Guatemalteca (de Miguel Ángel Asturias); desde la nicaragüense de Rubén Darío y Ernesto Cardenal, hasta la chilena de Pablo Neruda; desde la literatura cubana de José Lezama Lima, Alejo Carpentier y Guillermo Cabrera Infante, hasta la mexicana de Octavio Paz, Juan Rulfo y Carlos Fuentes; desde la peruana de César Vallejo, José María Arguedas y Mario Vargas Llosa, hasta la uruguaya de Juan Carlos Onetti. Y muchas ramas más dibujadas por las literaturas de Venezuela, Salvador, Honduras, Ecuador, Paraguay, Panamá, Puerto Rico, etc.

Sin embargo, si por un lado la historia de las literaturas en lengua española nos permite valorar las diferencias entre una y otra literatura nacional, así como su progresivo alejamiento de la literatura históricamente madre (la española, desde luego), por otro lado sus coordenadas cronológico-geográficas no son de por sí suficientes para ofrecer una explicación al fenómeno opuesto, es decir: el de la unidad sustancial de las literaturas en lengua española. Y eso porque el afán de perfilar ramas distintas y contraseñadas cada una por diferentes identidades nacionales impide captar las semejanzas entre movimientos, la confluencia de estilos, la consonancia de las selecciones temáticas, a saber, todo lo que a los ojos de los lectores se muestra como manifestación de una identidad mucho más amplia.

A este defecto de perspectiva se le puede poner remedio, en mi opinión, con una “ciencia” de las literaturas en lengua española capaz de sobrepasar la heterogénea superficie de los textos (de las distintas literaturas nacionales) para detectar en sus estructuras profundas el elemento o los elementos unificadores. Es decir: convirtiendo la figura del árbol en la de la ola que, según indican las modernas teorías literarias, alcanza la unidad a través del revolvimiento de las diversidades.

Las peculiaridades de esta ola pueden percibirse sin dificultad cuando nos situamos en la óptica de una ciencia de las literaturas interpretada como un “sistema de conocimientos apto para llegar a una descripción objetiva de la realidad y de las leyes que gobiernan la ocurrencia de los fenómenos”. Y por lo que se refiere a las literaturas en lengua española el empuje hacia el conocimiento de esta ola que se quiebra en las ramas de las distintas literaturas nacionales borrando o

mitigando la discontinuidad geográfica, este ímpetu lo suministran precisamente las palabras de un escritor implicado con fuerza en la búsqueda de su identidad cultural. Me refiero a Pablo Neruda, quien en su autobiografía (*Confieso que he vivido*), al tratar de su lengua poética escribe: “Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos... Estos andaban a zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas, buscando patatas, butifarras, frijolitos, tabaco negro, oro, maíz, huevos fritos, con aquel apetito voraz que nunca más se ha visto en el mundo... Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus, idolatrías iguales a las que ellos traían en sus grandes bolsas... Por donde pasaban quedaba arrasada la tierra... Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras”.

Las palabras, pues, las palabras que unidas pueden crear un “buen idioma” porque, aun perteneciendo a los conquistadores, se transmitieron como por heredad y penetraron en el Nuevo Mundo con toda su carga poética, dramática y creativa. Palabras que tienen el mismo valor, o un valor más grande que el oro (“se llevaron el oro y nos dejaron el oro”), palabras capaces de renacer de sus propias cenizas como el ave fénix.

No cabe ninguna duda: es la ola larga de la lengua española la que se quiebra en las ramas de las literaturas nacionales hispanoamericanas expresando la paradoja de la unidad en la diversidad. Y no estoy hablando, como es obvio, de la lengua común o instrumental que desde España se extendió a todo el mundo hispanoamericano, sino más bien de una lengua fuerte e intensamente connotada, una lengua que encierra en sí valores culturales de muy alto nivel: una lengua literaria, en suma. Su aparición en el Nuevo Mundo se debió, como bien sabemos, a un relevante éxodo de personas cultas, religiosas y laicas, que en unión con los marineros y los soldados, se trasladaban a las tierras de Ultramar en busca de una vida nueva y empujados por las más variadas motivaciones (entre los escritores bastará con recordar al inventor de la novela picaresca, Mateo Alemán).

El mismo Miguel de Cervantes hubiera deseado alcanzar este mundo y para conseguirlo se dirigió más de una vez al rey, Felipe III, pero sin éxito. Sin embargo, a pesar de que el alcalaíno no pudo transmigrar como persona física, en las carabelas españolas que navegaban hacia el Nuevo Mundo se embarcaron sus libros y, en primer lugar, el *Quijote* de 1605, cuya lectura ayudaba a suavizar los sufrimientos y los trabajos de los pasajeros durante los largos meses de navegación.

Con el *Quijote* entró oficialmente en los dominios españoles de Ultramar la

lengua de Cervantes, integrando el proceso de penetración lingüístico-literario inaugurado en el anterior siglo XVI por la así denominada literatura áurea en todas sus formas: poéticas, prosaicas y dramáticas.

No me da tiempo, ahora, para considerar los efectos de la lengua literaria española (o de la lengua de Cervantes) en la así llamada literatura colonial, que se sitúa *grosso modo* entre el siglo XVI y los primeros decenios del XIX. Por otro lado, son de sobra conocidos los nombres del peruano Garcilaso de la Vega el Inca, del chileno Pedro de Oña y de sor Juana Inés de la Cruz, que recibió los sobrenombres de “el Fénix de América”, “la Décima Musa” o “la Décima Musa mexicana”. Tampoco me da tiempo para detenerme en los primeros efectos del quebrarse de esta ola contra las ramas de las tradiciones locales, es decir, la fase en que la lengua de Cervantes debe echar cuentas con las demás lenguas literarias nacionales en el momento en que estas últimas cobran una identidad propia (más o menos, hacia finales del siglo XIX con la aparición del modernismo, entendido como movimiento poético-literario que desde las tierras hispanoamericanas se mueve hacia España).

Sin embargo, no puedo dejar de referirme, aunque sea de paso, a algunos ejemplos concretos y emblemáticos de este efecto “ola” que se manifestaron hacia los años cuarenta del siglo XX y siguen tangibles en nuestros días. A partir de Jorge Luis Borges quien, al denunciar la actitud epigónica de las vanguardias argentinas (es decir: la sumisión a la lengua de Cervantes en su calidad de ola que borra las diferencias), expresa sus meditaciones sobre la insuficiencia del lenguaje en general y de la lengua literaria, en particular. De ahí, el triunfo de la paradoja, del ocultismo como lógica, de la descripción imposible del universo, de la ironía que se manifiesta a través de las formas de la enajenación, y, en definitiva, de todo lo que en mayor o menor medida llevará a la afirmación de un particular realismo, a menudo designado con la etiqueta cómoda, por más que simplificadora y quizá eurocéntrica, de “realismo mágico”, como rasgo peculiar y distintivo de la narrativa hispanoamericana.

Este camino requiere, como es bien sabido, la independización de la lengua de Cervantes en beneficio de un nuevo universo que, de manera paradójica y como una nueva ave Fénix, nace de las mismas cenizas de la lengua de Cervantes.

Borges explica esta paradoja en un archiconocido cuento de *Ficciones* que se titula “Pierre Menard, autor del Quijote”. No es difícil, en efecto, reconocer en el personaje de Pierre Menard –quien, al comienzo del siglo XX, se dispone a “escribir” algunos capítulos de la primera parte del *Quijote*, pero no con la intención de escribir otro *Quijote*, sino más bien con el propósito de recrear precisamente el *Quijote*– la difícil tarea del escritor hispanoamericano comprometido en la cre-

ación de un nuevo mundo posible con la misma lengua utilizada por Cervantes.

En la misma línea de Borges, si bien con modalidades expresivas totalmente distintas, se mueve el cubano José Lezama Lima, quien en su *Paradiso* logra dibujar un universo realmente singular y profundo asociando una dimensión atada a la especificidad indígena y personal con una lengua propiamente barroca debida a una intensa frecuentación de la poesía de Góngora.

Pero el verdadero *boom* de la novela hispanoamericana nace y se pone en marcha con *Cien años de soledad* del colombiano Gabriel García Márquez, novela en que el romperse de la ola lingüística contra la rama de la tradición indígena abre de manera oficial el camino hacia ese realismo mágico cuya peculiaridad reside en una perfecta fusión de acontecimientos de la realidad cotidiana con elementos que, si no son fantásticos o mágicos, normalmente no tienen cabida en ella. Una receta que García Márquez sabe realizar con admirable sabiduría introduciendo la lengua de Cervantes en el universo ficcional de Macondo. Y es precisamente este nuevo mundo posible el que nos permite observar un fenómeno que podría calificarse de "ola de retorno", a saber, una ola que se rompe en el propio lugar donde se había formado y del que se había alejado para quebrarse en las playas hispanoamericanas.

Con el favor de una industria editorial mucho más rica y poderosa que la del país de partida, el universo de Macondo (y con él la nueva ola de la novela hispanoamericana) se extiende con rapidez por la Península Ibérica (y otras partes de Europa) ejerciendo, incluso, una fuerte influencia sobre el mundo real. De hecho, el espacio imaginario y mítico de Macondo se convierte en el espacio material y tangible de un sinnúmero de restaurantes, bares, discotecas, *night-clubs* que llevan el nombre de Macondo. Mientras que en el aspecto literario (el de la narración) el espacio ficcional y rural de Macondo contagia el espacio real y urbano de Barcelona trasladando a esta ciudad las valencias mágico-realistas que pertenecían al mundo fantástico de García Márquez.

Del *boom* de la novela hispanoamericana (o de la que podríamos llamar "ola de retorno") se origina, pues, el mundo de la novela posmoderna española, representado en primera instancia por Eduardo Mendoza y en cierta medida por Vázquez Montalbán, aunque no menos por narradores que se colocan por otras latitudes del espectro creativo y de la geografía peninsular, desde Luis Mateo Díez o Luis Landero hasta el mismo Torrente Ballester; mientras que en su más amplia estela podemos situar a diversos narradores contemporáneos que encuadran sus mundos posibles en los espacios más o menos secretos de una Barcelona marcada ya por una gran cantidad de elementos tópicos (Ruiz Zafón, Alicia Jiménez Bartlett, Yldefonso Falcones,...) hasta llegar al cuasi-paródico manierismo de Javier Calvo.

En síntesis, y a mi modo de ver, las dos figuras, la del “árbol” y la de la “ola”, pueden servir de manera significativa para realzar la condición transversal que posee el libro impactando con las distintas bibliotecas históricas de Hispanoamérica, de España y de otras partes del mundo. Y más aún con las bibliotecas digitales, teniendo precisamente en cuenta la influencia que pueden ejercer los procesos de digitalización, con sus repercusiones políticas y culturales, en todos los países donde se habla español.

### Referencias metodológicas

- MITCHELL, PETA (2008), *Cartographic Strategies of Postmodernity. The figure of the Map in Contemporary Theory and Fiction*, New York, Routledge.
- MORETTI, FRANCO (2000), “Conjectures on World Literature”, *New Left Review*, 1: 54-68.
- MORETTI, FRANCO (2005), *Graphs, Maps, Trees. Abstract Models for Literary History*, London, Verso.
- TALLY, ROBERT T. (2011), *Geocritical Explorations. Space, Place, and Mapping in Literary and Cultural Studies*, New York, Palgrave.
- WARF, BARNEY; ARIAS, SANTA (2008), *The spatial turn: Interdisciplinary perspectives*, London, Routledge.
- WESTPHAL, BERTRAND (2007), *La géocritique. Réel, fiction, espace*, Paris, Minuit.